

Exilio republicano, 2.ª generación: Jeanne Arnal

Inicio

Jeanne Arnal

00:00:01:06

Me llamo Jeanne Arnal, nací en 1949. Nací en Lisle-sur-Tarn. Soy la mayor de tres hermanos. Mi hermano se llama *Floréal* y mi hermana se llama *Aurore, Marie-José*. Mi padre es un refugiado español; mi madre es española, pero sus padres ya habían venido al final de la guerra, hacia 1920. Se conocieron, pues, en *Lisle-sur-Tarn*.

Mi padre, refugiado, es originario del pequeño pueblo de Angüés, que se encuentra a unos kilómetros de Huesca. Nació en 1921 y todavía vive; tiene 98 años; mi madre también vive. Actualmente viven en España, ya que ese era el deseo de mi padre. Desde el primer día en que abandonó su pueblo, su deseo había sido volver.

En 1938, cuando se marchó de España por primera vez, al romperse el frente de Aragón, tenía 17 años; estaba en el frente, bueno, en la retaguardia, ya que lo habían llamado allí para cavar trincheras.

La familia, por parte de mi padre, era anarcosindicalista. Ya eran militantes conocidos en el pueblo de Angüés. No voy a extenderme demasiado, pero formaban parte de un grupo que se llamaba el Grupo Bakunín, y a veces iban a Barcelona para informarse. También eran corresponsales de *Solidaridad Obrera*, y lo distribuían por la región, lo que sin duda les permitía conocer a otros militantes.

En el momento del levantamiento militar, al igual que otros treinta jóvenes del pueblo, los dos hermanos de mi padre cayeron, digamos, en una redada —así lo diríamos hoy— y se los llevaron a Huesca, de donde nunca regresaron. Es una tragedia que marcaría al pueblo y que marcaría a la familia. Se llamaba Román, se llamaba José. Y esos fueron los dos nombres que marcarán los acontecimientos, que marcarán profundamente a nuestra familia, nuestra infancia, a los descendientes y a los nietos.

Martín Arnal Mur (12 de noviembre de 1921-21 de octubre de 2021)

Jeanne Arnal

00:02:38:15

Así que la historia de mis padres, bueno, de mi padre, si sigo con esto : cuando se rompió el frente, él estaba en Montflorite, y regresó al pueblo de Angüés, que estaba a unos kilómetros de allí. Pasó por casa, cogió su manta, y su madre le dijo: «Vete. Ya he perdido a dos hijos, no quiero perder a un tercero». Así que ya emprende la primera retirada de Aragón, solo, ya que abandona su pueblo en marzo de 1938 y se une a la colectividad de Abiego, donde se encontraba parte de su familia. Creo que, al principio, no pensaban llegar hasta Francia. Se retiraban hacia los Pirineos pensando que podrían establecerse allí hasta conseguir ayuda y, probablemente, volver luego al pueblo de Angüés. Poco a poco, fueron retrocediendo hasta llegar a Luchón. Así es como entrará en Francia. Creo que llegará hasta Angulema y decidirá volver a Cataluña, ya que Cataluña seguía siendo republicana.

Desde Angulema partió de nuevo hacia Cataluña y se reunió, un poco por casualidad, aunque tampoco no del todo, con su familia, que también estaba en Cataluña y que, por su parte, había emprendido la Retirada, pero no por Benasque, sino por Cataluña. Se reunió con su familia en Fortià, y se quedaron en ese pequeño pueblo ocho meses. Sé que mis abuelos vivían con otros muchos refugiados. Estaban alojados, si se puede decir, en una iglesia. Así pues, siempre con el deseo de quedarse en España, sobre todo por parte de mis abuelos, que desde luego no se planteaban marcharse.

00:05:03:20

Y mi padre, como había nacido en el 21, había regresado a España para ir a luchar en la batalla del Ebro.

Voy a mencionar algo de lo que él no suele hablar. Fue a ver al alcalde del pueblo, que también era militante de la CNT, para alistarse y marcharse a luchar. Y ese hombre le dijo —algo que mi padre no vivió bien—, quiero dejarlo conforme: «¿Ves al hombre que está ahí al lado, sentado? Ya no tiene piernas, tiene tu edad. Ya no necesitamos más muertos ni discapacitados. Necesitamos hombres en pie. Te voy a cambiar la fecha. Tú quieres irte a luchar. Yo te voy a cambiar la fecha. Serás más joven, y seguirás luchando, si no es aquí, será en otro sitio. Pero en el Ebro, no, porque allí te vas a morir.»

A mi padre le costó mucho tiempo expresar eso, porque quizá, para él, había sido una especie de derrota. Pero, al mismo tiempo, comprendió que se había encontrado con una persona sin duda madura y que veía las cosas de otra

manera. Por eso quiero contarle ahora.

Y emprenden la segunda Retirada. La familia, como la mayoría de las familias, queda dispersa. A mi abuelo se lo llevan en un tren a *Compiègne*. Mi padre va al campo de *Argelès* y *Barcarès*. Mi abuela se queda sola con sus hijos, que eran muy pequeños, ya que mi tía *Joséphine* sólo tenía dos años. Tenían veinte años de diferencia con los hijos mayores. Se encuentra pues con tres niñas y un niño —bastante vulnerables por su edad—, en un grupo de unas 300 personas que dirigen primero a *Gaillac* y luego a *Lisle-sur-Tarn*. La mayoría eran mujeres y niños, que se alojaron en una casa enorme cerca de la plaza.

Y entre esas mujeres había una amiga suya que había venido desde Angüés hasta *Lisle-sur-Tarn*, sola, con su hija, Lolín, una niña de la misma edad que mi tía *Joséphine*. El marido de esta mujer se había quedado en España y había pasado de la zona republicana a lo que mi padre llama: «las filas fascistas». Por eso él no participó a la retirada, y ella se quedó sola con su hija. Y a todas las mujeres, en particular a ella, al no poder demostrar que su marido podría ayudarla económicamente para quedarse en Francia, se les animaba muy, muy encarecidamente, cuando no se les obligaba, a subir al tren y volver a España.

Mi padre cuenta que incluso había personas, españoles, que se acercaban a decirles: «Volved, no os pasará nada, estaréis mejor. Aquí estáis en un país extranjero. No tenéis sangre en las manos. Volved, todo os irá bien». Y aquella mujer —ahora, en este momento, no recuerdo su nombre, aunque hemos hablado de ella a menudo— lloraba a lágrima viva porque no quería marcharse. En primer lugar, porque no había entendido la actitud de su marido. Y, en segundo lugar, porque se sentía a gusto con mi abuela, y también porque había vivido bien durante la República y esperaba algo mejor para su hija, y temía lo que le esperaba en el pueblo. Y se marchó, la separaron del grupo y la enviaron de vuelta a España. No tuve ocasión de conocerla, pero conocí a su hija, que sigue hablando un poco de francés y que puede hablar de Francia. Pero ella fue educada por Falange española y se podrían hacer muchos comentarios al respecto.

00:10:15:23

Como explicaba antes, la familia quedó desarticulada, bueno, separada, ya que a mi padre lo enviaron a *Argelès*. Luego siguió el camino de la mayoría, integrado en los *GTE* [Grupos de Trabajadores Extranjeros], luego salir del campo e ir a trabajar. No, antes le mandaron a trabajar cerca de *Bourges* para los militares, en un campamento donde sufrió muchísimo del frío. Luego vivió la *débaçle* [entre el 10 de mayo y el 25 de junio de 1940 tras la derrota militar del ejército francés frente al alemán]. Evitó subir a los trenes que ya conocía, para evitar que lo deportaran a España, ya que estaba solo y tenía menos años de lo

previsto, lo que también hubiera podido perjudicarle. Y se fue con otros amigos, «compañeros», como él decía, y se bajó de un tren en Perpiñán para que no lo deportaran. Hizo todo eso.

Poco después, volvió a ponerse en contacto con sus padres. Mi abuelo había conseguido volver de *Compiègne*, porque de lo contrario, mi abuela corría el riesgo de ser deportada a España, pero ella había dicho que su marido estaba en Francia. Así que buscaron a mi abuelo, que se reunió con mi abuela en *Lisle-sur-Tarn*. Es cierto que la administración francesa estaba muy bien organizada, lo que permitía reunir a las familias y reagruparlas. Tenía su lado negativo, pero también positivo. Eso permitió a mi abuela reunirse con su marido. Él se vino y se quedaron en *Lisle-sur-Tarn*.

Y mi padre también se reunió con ellos durante un tiempo en *Lisle-sur-Tarn*. Como no tenía papeles, no tardó en unirse a los maquis de la resistencia. Trabajó con mi abuelo, pero también formó parte de la Resistencia del suroeste. Más tarde, tras su paso por los maquis del suroeste, se marchó en 1944, hasta enero o marzo del 45. Se fue al Sobrarbe, a luchar con la guerrilla antifranquista. Cuando se fue al Sobrarbe, fue porque se organizó, en un momento dado, es hoy algo muy comentado, la famosa Reconquista de España a través del Valle de Arán.

Tras la liberación de Albi con los maquis franceses, en el 44, mi padre —quizá sea ahora un poco dura— dijo: «Yo, no quiero quedarme aquí para esquilar a mujeres que, supuestamente, se han acostado con alemanes, eso no me interesa. Soy español, lo que me interesa es que esto no se quede aquí, es que vayamos a liberar a España del fascismo y del franquismo. Así que, por todos los medios, volveré, y más que nada porque, cuando me fui de Angüés, me di la vuelta al cruzar el río, al acercarme a Cataluña, y dije: «Angüés, volveré, volveré a España».

Gracias al encuentro que tuvo, mientras trabajaba en el bosque, con hijos de españoles, emigrados económicos, en particular la familia Hernández, a la que quiero mencionar, porque eran españoles que habían venido de Andalucía, a los que llamábamos «los españoles blancos» por ser emigrados económicos. Estos españoles, los Hernández, eran, cómo decirlo, si habían huido de España en aquel momento, no fue tanto por la miseria, sino también porque se trataba de una familia progresista, que había sufrido represión y que, por lo tanto, había venido a Francia para intentar salvarse y ganarse el sustento al mismo tiempo. Eran personas de mente abierta. Acogieron enormemente, acogieron a muchos refugiados españoles del Tarn; hicieron todo lo que pudieron por ellos, para acogerlos en su casa, intentar encontrarles trabajo, ya fuera cortando leña o lo que fuera. Era una familia de una generosidad sin límites. Y entre ellos había muchísimos compañeros y compañeras españoles.

Entre ellos, un hijo que se llamaba José, al que llamábamos *Jojo*, quiso ir a luchar a España, y como era como un hermano para mi padre, decidieron marcharse. Fueron hasta Alet-les-Bains para prepararse, entrenar, etc. Y desde allí, enviaron a mi padre al Sobrarbe, donde se reunió con los maquis españoles.

Hace unos años, volví con mi padre a ese lugar: Sin. Incluso se encontró con un hombre que por entonces tenía 97 ó 98 años, que recordaba algunas anécdotas que coincidían totalmente con las que mi padre había contado, y que quizá pueda relatar en otras ocasiones, como la del cura que se había tirado por una ventana y al que los maquis españoles, que venían de Francia, salvaron curándole la pierna.

No fue así en el caso del grupo de mi padre, ya que entre ellos había un joven al que la Guardia Civil mató a tiros. Hay que decir que ayudaban a cruzar la frontera a la gente y, cuando lo hacían, a la vuelta, se quitaban la ropa para cruzar los arroyos y no congelarse después, sobre todo en invierno. Y una vez habían pasado a un grupo de personas y volvían. Estaban empapados y tenían hambre. Ese compañero no pudo resistirse, entró en una casa y quiso calentarse y pedir un plato de sopa. La señora española, generosamente, le sirvió un plato de sopa. Pero, probablemente porque estaban muy aterrorizados, el marido fue a buscar a la Guardia Civil y no les costó mucho para asesinarlo en la cocina. Así es como podía acabar todo para ellos. Porque, de hecho, en España tenían tanto miedo que, al contrario de lo que ellos creían, no los recibían con los brazos abiertos, sino con un miedo atroz. Y por eso, en cuanto a mi padre, digamos que todo eso termina aquel año, en el 45.

Cuando se entera, varios meses después, de que su padre ha fallecido —pues no lo supo el mismo día de su muerte— y ve que esa lucha, al fin y al cabo, no es lo que esperaba, decide, en marzo de 1945, volver a casa y ayudar a su madre, ya que ella se había quedado sola con los niños pequeños. Entonces, entregó las armas en *Oloron-Sainte-Marie* y regresó a casa.

Una vida en Francia

Jeanne Arnal

00:16:31:00

Bueno, digamos que va a trabajar en el ferrocarril, que va a trabajar en el bosque, que va a trabajar un poco por todas partes.

Ah, sí, otra anécdota también. Antes de la Liberación, no siempre tenía los papeles en regla; había que ir a Castres, había que ir a todas partes para que le sellaran los papeles, etc. Hay que decir que, en mi caso, la transmisión de la historia familiar se hizo también en gran medida a través de anécdotas como

estas, que a menudo nos hacían reír. Así que a veces era confuso, mezclábamos las fechas, ya no sabíamos quién llegó, ni cuándo, ni cómo. Hubo que reflexionar un poco, después, para poder reconstruir la trayectoria. Y nos cuenta, por ejemplo, que mi tío, François, cantaba desafinado. Iba al colegio en Lisle-sur-Tarn, en La Perrière, y el maestro le obligaba a cantar «Maréchal, nous voilà!» [«¡Mariscal, aquí estamos!» canción a la gloria de Pétain, gran admirador de Franco]. Y mi padre se enteró. Le había dicho: «¿Sabes? Tengo que cantar «Maréchal, nous voilà!», «¡Ni hablar! No vas a cantar «Maréchal, nous voilà!» El maestro vino un día a casa y mi padre le dijo —no me puedo imaginar el deje que debía de tener en ese momento—: «¡Ni hablar que mi hermano cante “Maréchal, nous voilà!”» Y, además, había rematado diciendo: «¡De todas formas, mi hermano canta desafinado!» Bueno, eso eran anécdotas, era lo que nos contaban.

Hay otra: esos mismos gendarmes que habían ido a amenazarlos varias veces cuando pudo ocurrir que recogieran higos en un camino, de una higuera que pertenecía a un terrateniente que los había denunciado, diciendo que había españoles que iban a comer higos, etc. Los gendarmes vinieron a casa a amenazarles: «Sabed que esto os puede salir caro». Como también habían amenazado a mi abuelo que, pobre hombre, al pasar por una carretera había caminado por el arcén, fuera del término municipal de Lisle-sur-Tarn. Se cruzaron con los gendarmes, que le dijeron: «Oye, tú, aquí no estás en el término municipal de Lisle-sur-Tarn, estás en el de Puycelsi.»

Mi padre, que estaba con él — y que no presumía de héroe—, se interpuso y dijo: «Yo a mi padre le trato de Usted así que ustedes también tendrán que hacerlo. Él no sabe leer, no sabe si está en el municipio de Lisle-sur-Tarn o en el de Puycelsi». Entonces le explicó: «Padre, aquí tiene que hacer esto y esto». Y el padre tranquilizó a mi padre, porque la cosa podía ponerse fea para él. Y después, al final de la guerra, mi padre había conseguido lo que él llama «los galones rápidos» — al final de la guerra, en el Valle de Arán, era, creo, teniente en aquel momento. Y cuando los gendarmes vinieron a casa, les enseñó los papeles y mi tía Joséphine estaba muy orgullosa porque los mismos gendarmes que les habían amenazado tuvieron que ponerse firmes ante mi padre y para ella, fue formidable. Por fin, tenía un reconocimiento.

00:20:11:23

Después, de esos documentos, prácticamente nunca más se volvió a hablar. Mi padre nunca pidió nada, absolutamente nada, ni indemnización de ningún tipo. Por cierto, él es español, y siempre lo ha sido. Él quiso seguir siendo español y nosotros, los hijos, adquirimos la nacionalidad francesa porque mi madre se naturalizó francesa por parte de sus padres. Sus dos padres eran españoles y

mis abuelos, tras haber trabajado en Albi, acabaron viniendo a trabajar en una finca cerca de Rabastens. Tuvieron siete hijos. Ni siquiera estaban casados. Trabajaban para una familia burguesa muy buena que conocía a un juez de paz que, creo —esto tengo que comprobarlo—, al comienzo de la guerra del 39-45, había aconsejado a mi abuelo que naturalizara a los hijos. Quizá él, ya intuía el riesgo para esa familia de que, en algún momento, la obligaran a regresar a España. Así que los hijos por parte de mi madre se naturalizaron franceses. Creo que aquel señor les facilitó mucho las cosas. Y cuando nacimos, cuando yo nací, nací con la nacionalidad francesa, transmitida por mi madre.

Hay que decir que, en la familia, era mamá quien, quizás, se interesaba más por la historia familiar por parte de mi madre. Y como era muy buena alumna, según parece, y escribía muy bien, siempre se encargaba de leer la correspondencia de los abuelos, que no sabían leer. Por parte paterna, se me olvidó precisar que mi abuela, la madre de mi padre, sabía leer. Era una gran lectora y también fomentó mucho la lectura entre sus hijos, ya en España, y ayudaba y apoyaba mucho a sus hijos en la distribución de Solidaridad Obrera. Sin duda era más intelectual, por así decirlo, que su marido. Les leía las cartas a las demás mujeres, les leía los periódicos. Había sido hija única, criada por un padre mucho mayor que ella, y había tenido la suerte de ir ya al colegio.

Por parte de mi madre, ninguno de los dos abuelos sabía leer ni escribir. Pero mamá, que había tenido la suerte de ir al colegio cerca de Rabastens, por supuesto, era la que mejor escribía, a la que le gustaba leer, la que se interesaba por las historias familiares, etc. Y en la familia, cuando los refugiados españoles llegaron a Francia, un familiar se puso en contacto con mi abuelo para decirle que Antonio Moreno, un primo suyo, estaba en el campo de Argelès. Era joven, tenía unos veinte años o poco más. Y le pidió que hiciera todo lo posible por sacarlo de allí. Así que mi abuelo materno cogió unos papeles, sacó dinero del bolsillo y fue a sacar a Antonio Moreno del campo de Argelès, invitándole además a una comida pantagruélica a la salida del campo que, por poco, le provocó al pobre Antonio Moreno una indigestión terrible, como él siempre contaba.

Antonio se quedó un año con ellos, les contó lo que ocurría en los campos y, un año después, se casó en Lisle-sur-Tarn con una refugiada española, María Sorli. Mi madre estaba en contacto con los refugiados españoles de la calle du Port, pero no conocía a mi padre en absoluto. Conoce a la hermana de mi padre, conoce a María. Conoce a otras personas —son las anécdotas familiares— e incluso la invitan a la boda de María.

Y ahí, como en aquella época —no sé cómo se llamaba eso, ¿compañero? o ¿pareja?, tenía un nombre concreto—, tenía que ser mi padre, porque en aquella época, para asistir a la boda, había que formar parejas, y eligen a mi padre a quien ella no conoce. A él le es totalmente indiferente esa jovencita de 17 ó 18

años, ya que se llevan ocho años de diferencia. Pero acabarán estrechando lazos entre ellos. Mamá, por su parte, entablará amistad con los refugiados españoles. Y en el 48, de nuevo porque la invitan Antonio y María Moreno, va a verlos y conoce a mi padre en Lisle-sur-Tarn. Como se decía en aquella época, van a empezar a verse y yo voy a nacer en el 49, y vamos a vivir en esa calle que a todos nos encantaba. Es la calle du Port (del Puerto).

La calle *du Port*

Jeanne Arnal

00:25:15:03

Bueno, en esa calle *du Port* vivía el cura —que era todo un personaje... De verdad, uno se pregunta por qué ese cura vivía en esa calle—, y una familia, la señora *Lacanal*, que era muy amable; todos los demás eran refugiados españoles o eran italianos. Sí, estaba la familia *Marmont*, cuyo padre había sido deportado a Alemania y que era secretario del Ayuntamiento y que también ayudó mucho a los españoles cuando tramitaban sus documentos. Y, por cierto, el señor Marmont acabaría siendo deportado a Alemania, y no fue por casualidad, porque, precisamente, tramitaba documentos para la Resistencia y, quizá, para los refugiados españoles —eso no lo puedo afirmar con certeza.

Así transcurrió mi primera infancia, hasta que tuve unos ocho o nueve años, en la calle *du Port*. Y allí estábamos entre nosotros. Éramos... Los extranjeros no éramos nosotros, los extranjeros eran los franceses. Seguramente estoy diciendo algo totalmente trivial, pero en la calle no nos sentíamos extranjeros. Eran los demás, los que hablaban francés, los que tenían costumbres diferentes a las nuestras. Con todos esos niños de la calle *du Port*, cuando nos vemos, hay un vínculo muy fuerte que se creó con ellos, que es inquebrantable hasta nuestra desaparición, la suya y, sin duda, la nuestra. Tenemos recuerdos comunes. Era más que una familia. Porque en una familia puede haber desavenencias, pero allí no las había.

Así que entre los refugiados había de todo, había intelectuales. La señora Vilaes, que era una intelectual que estudiaba medicina en España, que sabía muchísimo y que, en broma, había llamado a Antonio Moreno, quien, por su parte, había estudiado contabilidad y escribía muy bien. De hecho, él también escribía muy bien, ya que después había escrito cartas para los que habían sido deportados y enviados a la organización *Todt*. Así que ella lo llamó un día «el ministro sin cartera», porque estaba sin un céntimo, como los demás. Bueno, nuestra vida era así. Además, en esa calle, donde nos lo pasábamos muy bien, tuvimos la ocasión de recibir al pintor Zurita, que era un pintor bastante conocido, aunque había dibujado a Juana de Arco en bicicleta, lo que le valió ser completamente

excluido de un concurso. Era vegetariano y recuerdo que solo comía verduras, y mamá le había preparado unos platos pantagruélicos a su manera, y no le sentaban nada bien. Zurita era un pintor al que mirábamos pintar.

Había familias que venían de la región de Valencia, familias que venían de Cataluña, que hablaban valenciano, por supuesto, y catalanes. Había aragoneses. Recibíamos visitas en casa. Tuve la suerte de vivir en una casa con unos padres muy generosos, y especialmente mi madre. Mi madre fue una persona que siempre tenía la casa abierta y que sabía cómo dar de comer a mucha gente con muy poco.

Nos tapábamos con los abrigo porque no teníamos mantas, pero no era por miserabilismo, simplemente era así. Todo el mundo vivía así. Y recuerdo los bultos que formaba el abrigo sobre el cuerpo. También acogimos a muchos refugiados en nuestra casa. Había franceses e italianos. Pero cuando llegaban y se marchaban, no salían indemnes. Tenían que haber aprendido algo de esa España de nuestros padres, de mi padre en particular, y mi padre deseaba que eso les hiciera reflexionar.

Al mismo tiempo, él mismo tuvo que adaptarse a Francia. Quizás su paso por Cataluña le permitió entender el catalán y, ¿por qué no?, aunque esto es solo una suposición mía, el dialecto, el occitano, cuando llegó. Y cuando había que trabajar en el campo, había que hablar en dialecto, si no, no te contrataban para trabajar. Para mis abuelos fue más difícil. Les costaba entender el francés y hablarlo.

Bueno, después también recibíamos a mucha gente y, a veces, pasaban personas, pocas, de las que, al final, en ocasiones, dudábamos un poco, por así decirlo, de su honestidad. Pero enviábamos mucha ayuda, o al menos a menudo, a España. Solía ser una ayuda sacada del sueldo. Y a veces veíamos pasar a gente... al menos, oí decir a mis padres que algunos...

Mi padre era anarcosindicalista, estaba involucrado en la CNT, se implicó en la SIA [Solidaridad Internacional Antifascista,], yo siempre oía hablar de eso en casa, con compañeros que venían con regularidad. Éramos niños, dábamos vueltas por allí, pero oíamos hablar de todo eso. Había algunas discrepancias con mi tía, porque mi tío era comunista y las versiones no siempre coincidían en la familia. Bueno, y, además, seguramente tenían caracteres diferentes. Pero yo crecí en ese ambiente, es decir, al fin y al cabo, con militantes.

De los militantes, me parecía que eran personas para las que la solidaridad era lo primero. La ayuda mutua era muy importante. No tenían mucho, pero lo compartían. Íbamos a fiestas, íbamos a lo que llamábamos: «giras». Era estupendo. Cogíamos el autobús, no estaba lejos, íbamos a *Saint-Ferréol*. Nos parecía que íbamos a... Hoy en día, con eso, iríamos, quizá, no sé dónde, ¿a Marruecos? Pero nosotros íbamos a *Saint-Ferréol*, donde acampábamos. Era

estupendo, íbamos a acampar, había que coserse los bañadores. Y los padres estaban tan absortos en sus conversaciones que éramos libres como el aire. Bueno, eso nos parecía a nosotros. Quizá estábamos más vigiladas de lo que pensamos.

La laica

Jeanne Arnal

00:31:48:20

Hablábamos español en casa, era fácil. Mi padre hablaba español. Mamá, como era hija de españoles, hablaba español. Es andaluza, los acentos eran completamente diferentes, pero mis dos padres hablaban español. Para mi padre era fácil, fácil comunicarse, fácil también enseñarnos. Para nosotros era más difícil, porque mi madre aceptaba que le respondiéramos en francés, mientras que papá quería que le respondiéramos en español. A veces se montaban unas escenas un poco... En concreto, fueron mucho más exigentes conmigo de lo que fueron después con mi hermana y de lo que fueron con mi hermano, del que me separan dieciséis años y medio. Pero bueno, en cierto modo, estoy muy contenta, no por la pronunciación, pero quizá recibí una educación diferente y, sin duda, quizá más rica.

Así que, para nosotros, como decía antes, los extranjeros eran más bien los franceses. Yo fui al colegio en Francia; mis padres... mi padre era republicano; la República Francesa no podía ser, no era algo extranjero. Libertad, igualdad, fraternidad. Mi abuela, cuando llegó a Francia, creía que iba a encontrarse con los descendientes de *Louise Michel* nada más llegar a *Lisle-sur-Tarn*. Nos hablaban de *Élisée Reclus*, de *Louise Michel*, de la Comuna de París. Todo eso formaba parte de nuestra educación, de nuestra cultura. A veces incluso nos parecía que los franceses no eran tan republicanos como pensábamos y como hubiéramos deseado; a veces teníamos la impresión de que nosotros éramos más republicanos que ellos, sobre todo cuando nos encontrábamos con los niños que iban al colegio privado.

Nos veíamos poco, no caminábamos por la misma acera. Nosotros estábamos en «la laica». Así que yo tuve la suerte de tener durante un tiempo a la señorita Marty, una maestra que, en lo que respecta a los hijos de los refugiados españoles, parecía como si la enriqueciéramos, a esa mujer.

Más tarde, tuve otra maestra que, ahora me doy cuenta, no nos soportaba. Ni siquiera era severa con nosotros. Nos dejaba de lado, de verdad. Pero bueno, nos habíamos endurecido y la consigna en casa era que teníamos que trabajar en el colegio, sacar buenas notas y, sobre todo, que no nos hicieran ninguna observación sobre nuestro comportamiento, que debía ser —aunque no lo era—

ejemplar en todos los aspectos. Más tarde pasaron otras cosas. Es que, en el instituto, en el liceo —por aquel entonces creo que se le llamaba así—, hice la primaria en *Lisle-sur-Tarn*, el instituto en *Gaillac*. Y las personas con las que menos congeniaba, al contrario de lo que se podría creer... Bueno, como primera lengua extranjera, elegí inglés. Después cursé textos clásicos y como segunda lengua, español. Pero no congeniaba en absoluto con el profe de español porque, para mí, cuando veía lo que veía en los libros y veía en casa lo que me decía mi padre, era un mundo de diferencias. Y cuando hablábamos en español con el profe de español, yo hablaba español y me daba pereza aprender la gramática española, no encajaba para nada.

Creo que, si me hubiera dedicado a la enseñanza, seguramente no habría enseñado español. Pienso que no, aunque tengo una prima que se llama Vida, a la que llamábamos Carmen, que ella sí estudió y se convirtió en profesora de español en la universidad, aquí, en Toulouse. Y a mí se me había desarrollado una especie de aversión hacia esos profesores de español porque siempre te enfrentas a dificultades de vocabulario, de lengua y de explicaciones gramaticales. Y luego, en esos manuales de español, solo se veía a gente miserable que no encajaba con lo que nos habían contado de España, sobre todo durante la colectividad, la República; yo no lo entendía, había algo que... Además, nuestros padres nos habían educado con la esperanza de un regreso, pero a su España, la de ellos, a esa España casi revolucionaria. Así que no podíamos aceptar esa imagen de una España católica, franquista, miserable y sumisa. Yo me sentía muy mal con ello.

00:37:00:00

Así que estaba en el instituto, me saqué el bachillerato en el 68. Ya sé que a todo el mundo le hace gracia. Porque era una época... Y de ahí me fui a París. Mi prima y yo habíamos decidido matricularnos en una escuela de enfermería, mientras que mi prima mayor, que era el modelo a seguir de la familia, era profesora, bueno, estaba estudiando para ser profesora. Pero por el camino mi prima me abandonó, se fue a estudiar para ser maestra de primaria y yo ingresé en la escuela de asistencia pública. Da igual, me hice enfermera y después, puericultora. Acompañar al niño en su primera infancia me parecía interesante.

Bueno, tuve la suerte de trabajar en una época en la que había mucho trabajo, en la que aún podíamos tener muchas ideas innovadoras y ponerlas en práctica. Y prácticamente toda mi vida, tras mi paso por los hospitales de París, fui directora de guardería hasta mi jubilación y, sobre todo, en una determinada etapa de mi vida, pude poner en práctica cosas muy interesantes en el ámbito de la educación infantil con las escuelas Montessori, cosas que, al fin y al cabo..., me parecían interesantes.

Me gustó mucho trabajar precisamente en mis empleos con... —quizá porque tenía un pequeño remordimiento— con las maestras de una escuela infantil. Siempre he intentado colaborar con ellas, en beneficio de los niños de la guardería en la que yo estaba, para tender puentes y dar a conocer nuestro trabajo, con el fin de que los niños se integraran mejor en la escuela. Al igual que los libros de texto que nos habían prestado nuestros padres cuando eran jóvenes nos abrían las puertas a cosas experimentales, eso nos parecía bien. Además, era una época bastante efervescente, así que podíamos hacer cosas bastante innovadoras. Hice algo que me gustó mucho y que me interesó. Trabajé en una época en la que no era muy difícil trabajar en buenas condiciones. Hoy en día, en los últimos años, he visto que es mucho más complicado.

Me casé con un hijo de refugiados españoles. Su madre es originaria de Asturias, su padre, de la provincia de Burgos. Su madre había llegado un poco antes, creo que hacia el año 34; se fue a *Decazeville* y se quedó viuda. Era una región minera, y como venían de Asturias, era el lugar ideal para ellos. En cuanto a su padre, que era el segundo marido de esta mujer, hizo el mismo camino que mi padre. Era mucho mayor, así que seguramente debió de alistarse en el ejército republicano. Pasó por Cataluña, estuvo en el campo de *Argelès* y en el de *Septfonds*. De *Septfonds* salió para ir a trabajar a las minas de *Decazeville*, en el Aveyron, y murió unos años después, a raíz de un accidente en la mina. Esto es lo que concierne mi marido, el papá de Sol. Nuestras ideologías no son del todo las mismas, lo que nos valió bastantes discusiones bastante pintorescas. Porque en *Decazeville*, la mayoría, creo, salvo algunos que no voy a nombrar, tenía inclinaciones comunistas y, por eso, a veces nuestras discusiones rayaban en lo límite y, bueno... me divorcié, pero es un compañero estupendo y un padre estupendo.

00:40:39:20

A nuestra hija la llamamos Sol, porque mi padre nos hablaba mucho de Ramón Acín Aquilué, que era un amigo de la familia, y de Conchita Monrás Casas, su mujer. Tenían dos hijas, una se llamaba Sol Acín y la otra, Katia. Cuando venían al pueblo, a casa de unas personas que tenían una farmacia frente a su casa, también veía a los hermanos de mi padre, Ramón Acín. Y eran anarcosindicalistas, al menos Ramón, aunque su mujer procedía de una familia burguesa. Y un día, por casualidad, una de mis tías se encontró en el tren con una española en Francia, cerca de *Millau*, en el tren, y era Sol Acín, la hija, y la llevó a casa de mis padres.

Y en aquel momento, Sol aún no había nacido. Dudaba entre varios nombres y le dije: «Si tengo una hija, la llamaré Sol». Por eso Sol, a quien siempre le ha

parecido un nombre muy difícil, sobre todo en el colegio cuando era pequeña. Se llama Sol Alava, no hay nada más español que Sol Alava, su padre se llama Alava.

¿Y por qué me interesa, podría decirse, el trabajo de mi padre y la cuestión de la memoria? Bueno, para empezar, porque, en el plano práctico, le acompaño a menudo a España. Me parecía tan obvio acompañarle en su trabajo, en sus investigaciones, que lo hago de forma espontánea. Me interesa, me interesa eso.

Mi hermano y mi hermana, se llaman Floreal y Aurora, se ve enseguida con quién estamos tratando. Mi hermana es directora de una residencia de ancianos, y mi hermano es CPE (consejero principal de educación, director de estudios) en un instituto. Me dejan este espacio, como hermana mayor; me ayudan, pero me dejan este espacio, y eso les parece bien. Se interesan, acompañan a mi padre, me ayudan, pero me dejan más bien ese espacio.

Mis hijas tienen la suerte... y mi sobrina, mi sobrina es médica en Marsella, son las mayores. Mis padres tienen cinco nietos: los tres mayores, y los otros dos son mucho más pequeños, de 20 y 17 años. Aunque se les invita a participar, ya se mantienen un poco más al margen. Pero a mis hijas, desde el principio, las llevé a todos los sitios a los que íbamos con mi padre. A mi segunda hija la tuve con una pareja que falleció, que era de origen polaco —parece que siempre busco cosas complicadas— y que procedía de una familia de intelectuales polacos que fueron exterminados durante la Segunda Guerra Mundial. Puesto que gran parte de su familia... el abuelo fue deportado a *Auschwitz*, la abuela, o sea, la bisabuela de mi hija Camille, murió en *Auschwitz-Birkenau*, al igual que su tía-abuela. Como dice mi hija: «Me salvé de Franco, me salvé de Stalin, me salvé de Hitler, no tengo más remedio que salir adelante con todo esto.»

Y mis hijas, como tienen un abuelo que aún vive y que habla de todo esto, que impregna, a veces incluso en exceso, a la familia con sus vivencias, ellas también forman parte de esa historia y viven con ella; están atentas a lo que dice el abuelo, a lo que ocurre fuera, a los refugiados... Son sensibles a todo eso, pero sin duda es porque tienen abuelos vivos, unidos, muy, muy unidos, que aún pueden explicar cosas, que han creado un lugar en España al que poder acudir.

También muchas familias nos han seguido el paso, y no sé, ellas no se lo plantean demasiado... Han solicitado la doble nacionalidad, ellas también, al igual que podían hacerlo los nietos. Y se sienten bien con eso; dicen que seguramente les costaría mucho vivir de forma permanente en España, por la corrupción que hay, por las dificultades, por todo eso. Pero se sienten bien en ambos países.

España, volveré

Jeanne Arnal

00:45:23:19

Bueno, retomando el tema, a mi padre le gusta construir. Así que va a aprender. Va a tener la oportunidad de aprender el oficio de albañil, lo aprenderá en una escuela de Albi, en un curso de formación para adultos. Va a dedicarse al oficio de albañil y, como la mayoría, aunque él defendía que había que trabajar, pongamos, unas 5 horas al día, vino a trabajar a destajo a Toulouse, no sé cuántas horas a la semana, junto con todos los españoles e italianos, y más tarde con «los moros» como él decía. Trabajaba en la construcción de edificios, etc. Así que no sé cómo se las apañaba, porque trabajaba a destajo, no tenía coche; venían a las reuniones en Toulouse, iban a los sindicatos, iban a Gaillac, a SIA, en bicicleta. Nos llevaban a todas partes con el carrito y la bicicleta para ir al cine cuando podían, para ir al teatro cuando podían, cuando se lo podían permitir. No tenían teléfono. Es cierto que tendrían cosas que contarse que quizá no podían decirse por teléfono.

Así es como transcurrió, a grandes rasgos, mi primera infancia, con unos padres y, sobre todo, un padre que solo tenía una idea en mente: volver a España. Pero le habían dicho..., porque tenía familia en España. Era muy difícil mantener el contacto con ellos, era difícil recibir cartas, se las leíamos, estaban censuradas, así que no sabíamos muy bien qué pasaba. En cualquier caso, en el pueblo, no era la familia la que decía que estaban sufriendo. Recibían noticias de España a través de otras personas, quizá a través de la organización. Sabían que la situación era muy dura, que la dictadura era extremadamente dura. Sabían que los primos estaban en la cárcel. Sabían que la abuela, a la que habían dejado en el camino, había fallecido. Pero de ahí a tener... no podían. Porque la correspondencia estaba controlada al máximo. Tampoco podían poner en peligro a los primos españoles.

Pero se habían enterado... Porque cuando los abuelos se marcharon de Angüés, dejaron algunas tierras, dejaron una casa, que estaban a punto de terminar de pagar. Esa casa fue recuperada por el antiguo propietario, revendida, etc. Era un hombre que había infligido al pueblo una represión terrible, y hoy en día, la gente lo cuenta en el pueblo. Y él había hecho decir a través de una prima que, si los Arnal volvían, «pasarían el peine espeso, habían pasado el peine fino y ahora pasarían el peine espeso». Eso significaba que no tenían ninguna posibilidad de salir adelante sin pasar por juicios seguramente sumarios, prisiones, etc.

00:48:28:24

Así que mi abuelo muere sin volver a ver España. Mi abuela, en cambio, sí que regresa. Porque antes de morir, no quería que las tierras que había heredado de su padre cayeran en manos de nadie. Y le pidió a mi padre que la acompañara. Hicieron un viaje relámpago con una persona que, una vez allí, les sirvió de aval para que no... Hacen un viaje de 48 horas. Ella ve su pueblo, al que, dice, ya no quiere volver porque ya no es su pueblo y porque le resulta demasiado duro volver allí; solo va a tramitar los papeles para que recuperen las tierras y luego regresan a Francia. Un viaje relámpago. Y mi padre, como su primer compromiso es, —junto con otros compañeros como él, Fabián Vispe, Alejandro Pascual y otros que, por desgracia, no tuvieron tiempo de envejecer y, por lo tanto, no podrán volver— «solo volverán cuando Franco haya muerto». Y eso es lo que ocurre.

Cuando Franco muere, mi madre, al enterarse de la noticia —todo el mundo sabía que iba a morir y, quizá ya estuviera muerto, cuando lo anunciaron— ella fue, le hizo una señal —él estaba lejos, en un campo— y le dijo: «Ha muerto». Él paró el tractor y subió a casa. Recibió la visita de varios amigos en los días siguientes, y volvió a ponerse en contacto con Alejandro y Fabián, y les dijo: «Ahora vamos a hacer algo. Vamos a volver al pueblo, porque con todo lo que ha pasado, todas esas desapariciones, toda esa gente que ha muerto, que se supone que ha muerto porque no sabemos dónde están, queremos saber qué se dice en el pueblo sobre nosotros.» Y deciden volver al pueblo. Vuelven allí. Tengo la oportunidad de acompañarlos en algunos de sus viajes y ellos, por supuesto, ya iban por delante. Como veían que, en Francia, tras la Liberación, se habían celebrado los juicios, Nuremberg, etc., se imaginaban llegando a una España en la que se condenarían los crímenes de Franco y en la que se podría hacer lo mismo que en Francia, como mínimo.

Así que fuimos a ver el archivo de Huesca y, como el primo Jesús —al que no he mencionado, pero que pasó muchos años en España, en Huesca, en diferentes cárceles y en campos de trabajos forzados— aún vivía, fuimos a su casa. Él nos acompañó al archivo provincial de Huesca, donde solicitamos acceso. Y creo que fue porque la gente estaba un poco paralizada en aquel momento, tras la muerte de Franco, y no sabían muy bien qué hacer en las administraciones. Fuimos, insistiendo bastante, a preguntar si había registros de los años 36, 37, 38, etc. Sí, sí, nos los mostraron, unos registros tan gruesos como diccionarios.

Y allí, junto con mi padre y Fabián Vispe, descubrimos —y lo leí con mis propios ojos— todos los nombres, ya en Angüés, porque no había nada informatizado, de las personas que habían sido detenidas y que estaban inscritas por orden alfabético, que habían estado en la cárcel de Huesca. Ahí es donde descubrimos la confirmación de que los hermanos de mi padre y todos los que fueron detenidos en el pueblo pasaron efectivamente por la cárcel de Huesca, que algunos de ellos pasaron por la cárcel de Jaca, que los trajeron de vuelta

después de Navidad y que, tras su estancia en la cárcel, fueron fusilados. Se describe cómo iban vestidos, lo que les hicieron, etc. La fecha en que fueron fusilados, incluidas las personas que firmaron para que fueran fusilados. Ya no tendremos oportunidad de volver a ver esos registros; hoy en día no sé dónde están. En cualquier caso, nosotros lo copiamos todo. Yo lo copio junto con mi padre. Y ahí es donde se confirma su desaparición, que fueron fusilados.

A partir de ahí, Alejandro y Fabián se encargarán de todo este trabajo para que podamos llevar a cabo... su idea era construir un monumento en el pueblo.

El trabajo de memoria

Jeanne Arnal

00:53:04:08

Fue algo enorme. Fue como una bomba que cayó en el pueblo. Pero tuvo una buena acogida, porque muchas familias querían financiar ese famoso monumento. Se lo encargaron a un primer arquitecto, porque se necesitaba un arquitecto que, al cabo de varios meses, finalmente dijo que no era posible, que es demasiado complicado, que siente demasiada presión.

Pasan los años y creo que fue en el 78, el 80, por ahí, es la transición. Incluso va a ver a unos diputados que, en aquel momento, se definían como socialistas, de izquierdas, por así decirlo, y que le dicen: «No, no es el momento de sacar eso a relucir ahora, es demasiado pronto, hay que avanzar con cautela». Mi padre no acaba de entender por qué hay que avanzar con cautela. Dice: «Nosotros somos mayores. Llevamos mucho tiempo esperando; ir con calma... no entendemos muy bien a qué os referís, porque habrá que condenar esos crímenes. Si vamos con calma, da igual quién haya... no venimos aquí a hacer justicia con una pistola, pero habrá que condenar. Y si vamos despacio, ¿cuándo lo vamos a hacer?»

Así que tienen poco apoyo para hacerlo, pero lo harán de todos modos con algunas concesiones. Se les pide que cambien el texto, que se verán obligados a cambiar en la placa, se les pide que estén presentes... Bueno, es cierto que hubo una evolución. Hay un nuevo alcalde en el pueblo, que era amigo de infancia de mi padre, que entiende la situación y que va a intentar ayudarles más. Como en la familia solemos organizar cosas, enseguida montamos una travesía de los Pirineos en sentido contrario para traer de vuelta a mi padre. Somos unas cuarenta personas o más las que vamos a hacer la travesía a pie en dirección contraria. El alcalde vendrá a acogernos para hacernos entrar simbólicamente en el pueblo. Todo esto empieza a dar que hablar en el pueblo. A pesar de todo, se ven obligados a hacer concesiones en el texto, a aceptar que la Guardia Civil esté presente el día de la inauguración, lo cual es difícil de digerir.

Mi padre, por su parte, fue un hombre que siempre tomó nota de lo que hacía cada día desde, casi, su infancia. Se han perdido muchas cosas en sus diversos desplazamientos, pero yo siempre le he visto escribir por las noches. Y lo que él desea es dar a conocer su verdad, o al menos, su testimonio en el pueblo. Decide que, mientras tenga memoria, va a contar lo que vio en la época de la República, durante el levantamiento militar, la actitud de la Guardia Civil, de los caciques del pueblo, lo que vio, la desaparición, cómo se llevaron a sus hermanos, etc., en qué circunstancias. Y, sobre todo, todas las familias afectadas por la represión. Así que solicita el censo electoral, creo que, de 1934, en el Ayuntamiento, para poder ver quiénes figuran censados en el pueblo. Y es una herramienta que vamos a utilizar durante mucho tiempo, que seguimos utilizando hoy en día, porque así identificamos a las personas que estaban censadas con sus nombres, apellidos y dobles apellidos, los apellidos de las personas. Y él tiene la gran suerte de poseer una memoria tan prodigiosa que conoce los lazos de parentesco entre las familias, y, por tanto, va a escribir sobre todo lo que ha sucedido en su pueblo, sobre la desaparición de todas esas personas, establecerá los vínculos y, durante esos viajes posteriores —pues va a viajar—, quiere a toda costa tener un lugar donde quedarse.

«Angüés, volveré, así que Angüés voy a regresar.» Intenta buscar una casa. Nadie le vende nada. Acabará encontrando una especie de pequeño cobertizo que transformará y en cuyo solar construirá una casa. Con todas las penas del mundo, como se suele decir, y gracias al valor de mi madre, lograrán construir una casa que se convertirá, para toda la familia y los amigos de Francia, en otro lugar de encuentro. Porque en la familia, antes, quiero decir, cuando se hablaba de volver a Angüés, era todo un acontecimiento, era: «Martín se ha ido a Angüés», y eso era todo un revuelo, se difundía por toda la familia. Que alguien haya regresado a Angüés es algo realmente... es fantástico; volver a Angüés deja huella en la familia, todo el mundo tiene que saberlo.

Esta casa se va a convertir de nuevo en el centro de los encuentros, de la familia, de los amigos; Alejandro vendrá a casa de Martín, todos los demás vendrán a casa de Martín. Y allí seguiremos haciendo la revolución en España, alrededor de la mesa hasta las 4 de la madrugada. Bueno, eso es una anécdota, pero fue así. Y luego mi padre vuelve a ponerse en contacto con la CNT española y vuelve a afiliarse a la CNT.

00:58:38:12

Y allí conoce a Raúl Mateo Otal, que es historiador y estudiante, un chico joven que ha estudiado Historia y que le va a ayudar. De hecho, ahí se unen el historiador y la memoria para crear un primer libro-testimonio sobre lo que

ocurre en Angüés y sobre los desaparecidos.

Esos escritos de mi padre —porque él los llama «los escritos»— los había titulado: *Ecos de un lugar cualquiera*. En ellos daba todos esos detalles, todos esos nombres, los hermanos, los primos, las cosas, las fechas, todo eso. Y cuando conoce a Raúl y se los enseña, Raúl le dice: «Sí, vamos a trabajar en eso. Iré a los archivos y haré el trabajo que tú, Martín, no puedes hacer, que es pasar todo ese tiempo en los archivos, consultar los juicios, las condenas». Entonces papá le dijo: «Ten muy presente que se trata de condenas franquistas, que vas a encontrar de todo ahí dentro, y que se les va a acusar de todo... cuando yo nunca he visto a mi hermano, a mis hermanos, con un arma en la mano, y los van a acusar de todo».

Las familias, cuando él estaba en Angüés, venían a buscar el libro, a menudo de forma muy discreta. Cada familia venía a buscar un libro, o incluso varios, y, discretamente, quería saber más. Los nietos, o los niños en aquel momento, venían a buscar el libro y querían saber más sobre sus padres y sus abuelos, ya que mi padre parecía saber mucho. Contaba lo que sabía, en cualquier caso. Incluso lo presentó en su pueblo, lo presentó en Huesca, lo presentó en Zaragoza, lo presentó en distintos lugares.

Bueno, hubo todo ese trabajo con este libro, que es muy interesante. Le organizaron un homenaje, e incluso varios, en Huesca, el Círculo Republicano. Es cierto que, por ese lado, ha habido un reconocimiento, mucha calidez humana. Porque en España también se lleva a cabo una labor de memoria y eso es muy importante. Para ellos, creo que es importante encontrar apoyos en el exilio. Y bueno, mi padre es, al fin y al cabo, una persona que se mantiene firme en sus convicciones, pero que no es obstinado. Como él mismo dice: «Lo que me interesa, sobre todo, es encontrarme con quienes no piensan como yo, porque, si no, ¿de qué sirve que mantenga esto? Me hace ilusión, pero tengo que acercarme a quienes no piensan como yo para poder entenderlos y para que, quizá, ellos también entiendan por qué pienso así». Es un militante y sigue siéndolo. Mi padre es un militante.

Así que este trabajo, el libro... también cuando un día pasamos por... Porque cuando nos hablaba, a menudo, a sus nietas —tiene varios nietos, pero sobre todo a sus nietas, que son mis hijas y mi sobrina—, les hablaba de sus travesías y todo eso. Y un día, pasamos por *Saint-Lary*. Entonces, en broma, a veces decía delante de mi madre: «En *Tramezaïgues*, tenía una novia». Para mamá era terrible pensar que mi padre tuviera una novia en *Tramezaïgues*. Y un día, con mi hija, Sol, pasábamos por *Saint-Lary*. Íbamos Sol, mi padre y yo. Le dije a Sol: «Oye, vamos a desviarnos por *Tramezaïgues*, de una vez por todas vamos a ver si encontramos a la prometida». Y mi padre dijo: «Pero ¿por qué pasáis por *Tramezaïgues*?». Llegamos al pueblo. Le costaba bajarse del coche, porque no había vuelto desde el 44. Se bajó.

Nos había hablado de la familia *Courrèges*, cuya casa era un punto de paso de la Resistencia. Él, cuando pasaba por el *Rioumajou*, se bajaba en casa de los *Courrèges*. Era el vivo retrato del hijo de los *Courrèges*, que estaba trabajando en el *STO* (Servicio de Trabajo Obligatorio) en Alemania. Así que, él, era un poco más, digamos, mimado por la señora *Courrèges* que los demás. Entonces bajamos a *Tremezaïgues*. Él reconoció el lugar. Había un perro que tiró un jarrón en una casa de la que salió una señora. Hablamos con ella. Él le contó lo que había venido a hacer en aquella época, del señor y la señora *Courrèges*, etc.

Esa señora se acercó y le dijo: «Mis padres formaban parte de la Resistencia y es gracias a hombres como usted, gracias a muchos republicanos españoles pudimos liberar Francia. Quiero saludarle y le acompañaré a casa de la familia *Courrèges*, cuyo hijo regenta un bar aquí». Y entonces mi padre... Creo que también tenía miedo de romper algo y, para él, fue muy emotivo volver a *Tremezaïgues*. Creo que, por su cuenta, quizá nunca lo habría hecho. Fue porque nosotros, con un poco de inocencia, por así decirlo, le permitimos romper con eso. Y por eso fue allí.

Después vio a la señora Mir, porque la familia Mir de *Saint-Lary* son aragoneses, originarios de Sin. Y cuando pasaban por allí, iban a casa de la abuela Mir a abastecerse y a recoger dinero. Así que hizo todo eso. Y tras esa visita en el 94, empezó a estar, quizá, en condiciones mentales y físicas de hacer ese trabajo que, al fin y al cabo, es un trabajo, creo, pesado para él, ese volver atrás. Y lo compartió con nosotros, y nosotros también intentamos comprenderlo. Lo compartió con nosotros porque hicimos esos viajes con él. Fuimos a los lugares, en los Pirineos, a sitios a los que nunca pensó que volvería.

01:05:12:11

Y así, ese trabajo de memoria lo siguió haciendo en España. Siempre guardó en lo más profundo de su ser la idea de averiguar dónde estaban sus hermanos y qué había sido de esas treinta, o algo más, personas que habían sido detenidas en el pueblo por los falangistas. Tenía que saber dónde estaban. Entonces se contaban cosas, se decían mil cosas, se decía: «Sí, los fusilaron.» Poco a poco, hay que decir que en España este trabajo también lo realizan historiadores. La investigación, ahora, sobre todas estas desapariciones, estos asesinatos, también la llevan a cabo en España historiadores, periodistas y las propias familias que se implican, etc.

Bueno, después vino esa terrible ley de amnistía [1977]. Más tarde, afortunadamente, llegó esa ley de 2005 [2007], creo, si no me equivoco, de Zapatero, que permite a los españoles, precisamente, recuperar la nacionalidad española si así lo desean. Y ahí es donde nos surgieron problemas a nosotros:

decidir si íbamos a reconocer o no a esa España. Personalmente, yo hice los trámites, y mis hijas también, para tener la doble nacionalidad, aunque a veces nos digamos que eso es reconocer una España monárquica, etc. Fueron también ellos quienes, al otro lado de los Pirineos, hicieron un esfuerzo por aceptarnos, por reconocernos como españoles; también nosotros, por nuestra parte, tenemos que avanzar un poco.

Así que eso es lo que había. También se han creado asociaciones en España en torno a la memoria histórica. Nos pusieron en contacto con ellas. No hizo falta. Fueron ellos quienes se agolparon en torno a mi padre para intentar ver qué podían hacer, y mi padre decía: «Yo quiero saber, tengo que saber dónde están mis hermanos». Hubo quienes nos dijeron: «Están en el Valle de los Caídos, porque Franco quiso llenar estas fosas, este Valle, y venían con camiones y recogían allí los huesos de n'importa quién [sic] e iban allí y las rellenaban». Y mi padre decía: «Cuando uno sabe...». Es cierto que lo hicieron. Es cierto que fueron unas condiciones terribles, en las que se trataba de hombres, cualesquiera, y en particular —eso es lo que nos cuentan— cuando se sabía que había una fosa al borde de una carretera, se reclutaba a la gente del pueblo que se suponía que sabía dónde estaban, con picos y palas, para desenterrar, cargarlo en un camión, sin miramientos, e ir a llenar el Valle; uno podía preocuparse.

Llegó el momento en que se abrieron las fosas. Se ha hablado de esa apertura de fosas, que también fue controvertida. Incluso en la familia, es controvertido abrir o no la fosa. Pero mi padre siguió su camino. Desde muy pronto había asumido, digamos, la responsabilidad de su familia. No es que actuara por su cuenta, pero debió de pensar: «Me he visto obligado a asumir responsabilidades por mi familia. No voy ahora a andarme con sutilezas con mis hermanos y hermanas». Ellos también se habían acostumbrado a que, al final, Martín tomara las decisiones acertadas. Así que hoy estamos dispuestos a abrir la fosa. Porque hay que decir que fuimos a un pequeño cementerio que estaba completamente abandonado, en Huesca, un cementerio situado en una zona que antes habitaban los gitanos y que se había dejado en el abandono.

Sabíamos que en esa zona habían fusilado a mucha gente. Y luego se decidió, justo a principios de los años 70, construir una zona industrial. Y el primo Jesús, que era el hombre que nos acogió, un día había ido allí; había conocido a mi padre, ya que este había vuelto en los años 80, y le había dicho: «Te voy a enseñar algo. Están aquí trabajando y yo cada día veo pasar huesos, calaveras, cosas que... no sé de dónde salen, pero eso me preocupa». Y mi padre se había acercado. Y como siempre tenía ese tono un poco... «Ten cuidado con lo que haces porque igual estás moviendo los huesos de mis hermanos». Había un hombre con una pala recogiendo...

Bueno, y la cosa quedó ahí, porque en aquella época mis padres no tenían

medios para ir a España muy a menudo. Hoy en día, se llega en cuatro horas y media. En aquellos años, había que organizarse con mucha antelación y tener mucho valor. Entonces, cuando mi padre se enteró de que había una zona industrial que se iba a extender hasta el cementerio abandonado, eso le preocupó mucho. Escribió una carta y lo consultó con Zeika Viñuales Marquié, que también es hija de refugiados españoles que vivían en Toulouse, a quien le dijo: «Escúchame, esto a mí me preocupa porque quieren destruir ese cementerio. Y, según la información que tenemos Raúl, otros, Pardo, etc., parece que habría fosas en ese cementerio. Y si lo derriban, todo desaparecerá.»

Habían encontrado una lápida en la que estaba escrito el nombre de uno de los que fueron detenidos en Angüés. En medio de las zarzas. Y se dijo: «Si se ha encontrado esto, es que hay otros. No llegó solo. Eso podría hacernos pensar que hay otros. Las investigaciones de Raúl lo corroboran. Quizá ya no estén allí, pero que hayan estado, sí».

01:11:42:13

Así que hicieron gestiones ante el Ayuntamiento de Huesca, donde se han sucedido los socialistas, la gente del PP, etc. Y dicen que los hermanos están allí y que solicitan la suspensión de las obras, porque quieren asegurarse de que no están allí o, sencillamente, si se da el caso, preservarlos. Para poner un freno. El objetivo no era llevarlos, sino, en cualquier caso, detener las obras. Las obras se detienen y luego la situación evoluciona hacia otra cosa. Es decir, esa zona donde estaban los gitanos y que tenía mucha vegetación les hace reflexionar. Y quizá también que, económicamente, dado que se está instalando una crisis económica en España, el Ayuntamiento cambie de opinión. Y van a convertir esa colina, no en una zona industrial, sino en una zona muy verde, con mucha vegetación, con un circuito deportivo... porque, insisto, hay una gran placa abajo, y se hace muy poca alusión al hecho —y eso lo hemos pedido nosotros— de que sea un lugar conmemorativo. Así que las cosas van cambiando en la reflexión del Ayuntamiento, y también a nivel legislativo, etc. Y deciden convertirlo... hay un arquitecto y las asociaciones presionan para que se convierta en un lugar conmemorativo, y van a construir una especie de pirámide compuesta por 540 bloques, cada uno de los cuales representa a una persona fusilada entre 1936 y 1945 en Huesca.

Esta pirámide está incompleta, ya que las investigaciones no han concluido. Entonces los Ayuntamientos solicitan subvenciones europeas y las obtienen. Y luego la situación va cambiando de un Ayuntamiento a otro. Y, finalmente, resulta que la fecha límite coincide con el momento en que hay un Ayuntamiento del PP y son ellos quienes van a hacer lo necesario. Puede parecer... pero así es.

El Círculo, que también trabaja con el Ayuntamiento y cuenta con empleados municipales, etc. hace una primera placa, pero que no nos satisface en absoluto, porque siempre son los textos españoles donde hay cierta confusión. No se sabe quién hace qué. Siempre intentan que, en realidad, no se entienda nada. Yo lo resumo así.

Nosotros, en el sindicato de la CNT, como yo sigo los pasos de mi padre, he adquirido la nacionalidad española, no lo oculto, estoy afiliada a la CNT de Huesca, lo que también me permite acompañarle y participar en las reuniones. No soy una militante, he crecido en este entorno, pero sigo siendo modesta. Nosotros queremos, deseamos que sea preciso, que sea un homenaje a las víctimas del fascismo, a los exiliados, que las cosas queden claras. Como en España, estas cosas son posibles, en lo alto de la colina hay dos placas: la placa realizada por el Ayuntamiento y el Círculo Republicano y la de la CNT, por supuesto, con las siglas CNT, donde se explica por qué está ahí, qué representa y en homenaje a quiénes se ha hecho. Así que ahí no hay ambigüedad.

Se ha llevado a cabo este trabajo y, al mismo tiempo, en paralelo, el trabajo de mi padre, que acaba aceptando abrir una supuesta fosa, ya que el Círculo también está investigando, etc. Raúl investiga, consultan los registros del cementerio, encuentran listas, etc. Y se deciden: «Martín, si quieres ponemos todo para que se abra la fosa donde están tus hermanos... donde está tu hermano». Tu hermano, porque del primero sabemos que fue fusilado junto con un grupo de casi 100 personas en una trágica noche del 23 de agosto de 1936, en la que se produjeron asesinatos en masa en Huesca, y que están enterrados en el gran cementerio de Huesca, al otro lado de la carretera de Zaragoza, junto a la esposa de Ramón Acín, que también fue lapidada y enterrada allí. Encima de eso hay lápidas de hormigón, no se puede hacer nada.

01:16:38:01

A finales de diciembre del 36, principios del 37, los fascistas fusilan y entierran en el pequeño cementerio de las Mártires, como se le llama; lleva ese nombre porque en su día hubo mártires, en tiempos de la Inquisición, etc. Así pues: «Tu hermano Román», el segundo, porque de él tenemos las fechas: fue el 3 de enero de 1937; sabíamos que los fusilaban por grupos de cinco, los ataban de cinco en cinco y los mataban de cinco en cinco. Así que le dije a mi padre: «Papá, ¿qué hacemos ahora? Tenemos los medios. ¿Qué te parece?» Fue duro para él. Me dijo: «Mira, voy a dar mi ADN y, vamos, abramos.» La noticia se extendió como la pólvora. Así que el día en que dieron el primer golpe de pico, había quizá unas 70 ó 75 personas alrededor, que estaban allí.

Mi padre veía llegar a toda esa gente, la intelectualidad de Huesca, que venían a

ver y a acompañarnos. Un equipo de arqueólogos; no había forense, una lástima; antropólogos, responsables de la asociación. ¿Quién más vino? Historiadores, estudiantes. Los concejales del Ayuntamiento de Huesca, para garantizar —no hacía falta la gendarmería ni nada por el estilo—, pero sí para garantizar que todo se desarrollara en condiciones decentes, correctas, legales, etc.

Es un pequeño cementerio muy, muy antiguo, que tal vez tenga dos siglos y medio o más, donde el espacio es bastante reducido, donde se enterraba a unos encima de otros, donde a veces las familias se llevaban a sus difuntos para enterrarlos en otro lugar. Y cuando los fascistas los fusilaban, obligaban a los presos a cavar la zanja. No había espacio, así que había que sacar todos los cadáveres que había allí, de personas enterradas anteriormente, hace 50 ó 100 años. Así que excavaban a una profundidad de 1 m ó 1,20 m, ó 90 centímetros, más o menos esa altura. Retiraban todo lo que pudieran ser restos; es decir que todo estaba mezclado y pronto se forma una montaña de unos 2 metros, digamos de 1,80 m de altura. Y cuando llegaban a la tierra compacta, les hacían cavar una fosa de unos 80 cm de profundidad y otros tanto de ancho. A los fusilados los arrojaban allí dentro, los cubrían de cal —eso lo vi— y los enterraban ¿bajo qué? Pues bajo la tierra que contenía todos los huesos que se habían retirado previamente.

01:20:02:06

Cuando vi a esos hombres empezar a cavar allí, al ver los huesos que salían por todas partes, como nunca había visto en mi vida, me dije: «Pero nunca vamos a encontrar a las personas que han sido fusiladas. ¿Cómo vamos a identificarlas?». Y llegó un momento, a 0,90 m, 1 m, 1,10 m de profundidad, ahí, los arqueólogos detuvieron a la gente... eran muy prudentes, supervisaban todo lo que se hacía... ya nadie tocó nada y ellos bajaron con sus... seguían trabajando, cogieron sus herramientas, rascaron esa especie de costra que había en la superficie, y ahí empezaron a aparecer los cráneos con el impacto de la bala, que se parece a una moneda de 10 céntimos, un poco más grande, a veces incluso dos, porque entra por un lado y sale por el otro. A veces, las balas eran tan defectuosas que se quedaban dentro del cráneo.

Y al quitar poco a poco la tierra, ahí descubrimos los cuerpos tal y como habían sido arrojados. Y ahí, los cuerpos están enteros, es decir, por supuesto, por desgracia unos encima de otros, el brazo sobre la cabeza de uno, la pierna que pasa por encima del pie del otro, etc. Pero los cuerpos están intactos, los botones están en su sitio. La hebilla... ¿cómo se llama eso en francés? El cinturón, vaya, lo metálico... la hebilla del cinturón está en su sitio. Las

sandalias, o los zapatos, o el peine. Todo está en su sitio. Y con la lista que teníamos, con las condenas y las fechas de ejecución, fuimos abriendo poco a poco... porque eran fosas de cinco... y luego hay que ir un poco más allá, fosa de cinco y luego un poco más allá, fosa de cinco y, a 30 centímetros, otra fosa de cinco. Es el cementerio de Aragón de la época en la que, según los arqueólogos, hay más fosas, a día de hoy. Después, seguramente habrá, por desgracia, otras. Pero, en cualquier caso, es donde hay más fosas. Y hemos descubierto, según las identificaciones inmediatas, pudieron decir a mi padre: «Este hombre podría ser Román.»

Era un trabajo importante que había que hacer, pero no bastaba con abrir la fosa y obtener el ADN de mi padre, porque si bastara con eso, mi padre no quería hacer este trabajo solo por él. Su objetivo no era encontrar a su hermano, identificarlo y enterrarlo en algún sitio, porque, de todos modos, ellos, en España, no tienen nada, murieron aquí. Y, sobre todo, no quería separarlo de sus compañeros. Sino que se trataba de hacer un trabajo para todas las demás familias, con la esperanza de que lo aceptaran. Él ya había hecho un trabajo por su cuenta. Cuando escribió su libro, volvió a ponerse en contacto con las familias. Ya disponía de una gran cantidad de información: negativas, rechazos, sufrimientos, desacuerdos, no siempre empatía y, a menudo, también una gran empatía.

Había vuelto a ponerse en contacto con familias que estaban en Francia y con las que había perdido el rastro desde entonces. Así que, con todo eso, disponía de un material importante. Pero cuando llegó el momento de abrir la fosa, mi padre ya tenía unos años más que cuando empezó a escribir su libro. Y cuando llegó el momento de abrir la fosa, fue más complicado, porque las familias, para empezar, ya eran nietos o parientes un poco lejanos. Entonces, algunos decían: «Sí». Otros: «Bah, ¿qué vamos a hacer con eso? ¿Para qué moverlo?». En un momento dado, mi padre se desanimó un poco. Ramón Bonet Buil, que era compañero de mi tío, había sido fusilado; sabíamos en qué condiciones su hermana había ido a recoger sus cosas, ya no las había encontrado ¿quién custodiaba la prisión en aquel momento? Se podría escribir una novela, un libro, en cualquier caso. Y un día fuimos con mi padre, dejamos unas flores y también una bandera rojinegra. La colocamos y alguien vino y la tiró a la basura. Así que todo aquello se había vuelto tan doloroso que, en un momento dado, mi hermana y yo intuimos que mi padre ya no tenía fuerzas para volver a ponerse en contacto con las familias.

01:25:08:22

Mi hermana y yo dijimos entonces: «Hay que hacerlo. Hay que encontrar las

muestras de ADN a toda costa, hay que localizar a las familias». Así que, junto con mi hermana, tomamos el relevo y nos pusimos en contacto con las familias. A veces tuvimos que insistir un poco, pero a mi hermana y a mí nos resultaba más fácil que a mi padre. Y la gente aceptó dar su ADN, venir, etc. Además, para nosotras era más fácil: internet, los correos electrónicos, los teléfonos, todo eso. A mi padre, en cambio, todo eso ahora le cansa, no puede hacerlo. Y así conseguimos ponernos en contacto con todas esas personas. También mantuvimos el contacto con ellas regularmente para explicarles lo que estaba pasando, cómo, etc. Con cuidado con las fotos, pero bueno, las mantuvimos informadas para que también les entraran ganas.

Casi todos vinieron cuando se realizaron las excavaciones. Vinieron para ponerse en contacto con las personas que llevaban a cabo ese trabajo y todo eso. Y, de entre todos ellos, encontramos a catorce personas dispuestas a aportar su ADN. Eso supone la mitad de las personas que están enterradas. Y como, en su mayoría, son hermanos o primos, se identifica a todo el mundo. Bueno, en cuanto a mi hermano —ide que estamos hablando! —, en cuanto a mi tío, ya ha sido identificado. Sí, efectivamente, Román fue de los primeros que enterraron allí.

Para mi padre, fue duro. Me preguntaba qué iba a ser de él. Porque esa búsqueda, durante años, le había mantenido en pie. Pero ahora, en ese momento... Bueno, tenía delante a su hermano y, durante un tiempo, se notaba que era doloroso. Era duro ver eso, esas imágenes. Empezó a sufrir insomnio, fue penoso. Pero bueno, se recuperó. Además, se creó cierto ambiente. Siempre venía gente, y él podía expresar muchas cosas. También insistimos en que sea un lugar de memoria, de hecho, para vincularlo a la colina. Porque no se trata de hacer turismo macabro, nada de eso, pero bueno, queremos que también sea educativo, que se pueda sacar una lección tanto para Huesca como para Francia. Así que nos gustaría que el Ayuntamiento se esforzara en eso, aunque no sabemos muy bien cómo.

Ninguna familia ha pedido que se retiren los cuerpos. Todos quieren que permanezcan juntos. Nadie ha pedido la bendición de la Iglesia, lo que habría sido complicado para nosotros. Y también se han dicho muchas cosas a raíz de eso. Ha abierto muchos... El corazón, quizá. Y eso ha dado voz a las familias. Sí, les ha dado voz. Y bueno, en España hay un gran interés por parte de los nietos por todo lo relacionado con la memoria, mucho.

01:28:24:00

Sí, decía que mi padre, tras su estancia en *Tramezaïgues*, parecía que se le había abierto, por así decirlo, una especie de coraza que le permitía volver un

poco atrás en su historia pasada. Bueno, siguió con su trabajo de memoria. Se fue a España con mamá hace ya unos diez años, con estancias que se fueron alargando cada vez más. Pero ahora se quedan allí prácticamente todo el tiempo. Allí es cierto que le solicitan mucho. Está muy rodeado de mucha gente que se interesa por este trabajo de memoria, y hace poco, el año pasado, en septiembre, dos jóvenes, Raúl, con quien está en contacto muy a menudo y que le ayudó a escribir ese primer libro, y Marco, que es un joven cineasta español... Querían hacer una película, un cortometraje.

Así que fue una aventura que me pareció un poco descabellada: hacer que mi padre volviera sobre sus pasos, por una parte, cómo decirlo, de su Retirada en Francia. Lo hicieron, lo cual fue una auténtica locura... Se fueron los tres, vivieron cuatro personas durante ocho días, lo cual ya de por sí no es fácil. Y llegaron hasta *Bourges*, donde había estado mi padre. Fueron al campo de *Argelès*, llegaron hasta *Bourges*. Fueron al *Lot*, donde pudo encontrarse con descendientes de algunas familias que se emocionaron mucho ante la idea de conocerlo, y él también. Así que, digamos que... esos descendientes se pusieron en contacto con nosotros. Es muy interesante también, incluso vinieron a verlo a España. Y para él, el círculo se cierra ahora, prácticamente... como él mismo dice: «Cierro el círculo de mi historia». Eso es, con las exhumaciones, por supuesto, y todo eso. Hoy tiene más de 98 años. Considera que, de todos modos, ya ha hecho mucho.

01:30:49:10

Y nosotros, es, cómo decirlo... para mí, nací en Francia, fui al colegio en Francia, mi lengua materna es el francés, pero, al mismo tiempo, hablo español con mis padres. Me hubiera gustado que, al mismo tiempo que me enseñaban la historia de Francia, me enseñaran en el colegio la historia de España. Eso me habría enriquecido. Me parecía que era una carencia. Tenía que aprenderla en casa.

Bueno, los padres de mi madre eran refugiados económicos. Pero los padres de mi padre eran refugiados políticos. Y eso, para nosotros, para mí, para mi hermana, para mi hermano y para mis primas, y para todos los niños de la calle, los refugiados políticos tienen realmente un estatus especial. Es un orgullo ser refugiados y refugiadas políticos, ser republicanos españoles, y está totalmente fuera de cuestión hacer que eso desaparezca de lo que somos.

Nosotros, yo, soy hija de un refugiado político, de un republicano español, de un exiliado político; para mí, el exilio político es algo que es, cómo decirlo, fundamental en mi cultura, en mi formación. Y en cuanto se habla de ello, de cualquier otro país que sea, me gusta ver qué pasa. Y es cierto que se trata de esa cultura. Es velar por el otro, por los demás. No ser solo españoles, ni solo

franceses. Una cultura es algo universal, no se limita a un país.

Yo no excluyo a Francia, por supuesto, pero sobre todo quiero conservar España. O, al menos, la de mi padre. La España de mi padre también es mi país, es mi cultura. Quizá, claro, no lo exprese ni lo explique con tanta sutileza como mi hija, que es profesora de español. Pero hay algo en mí, y los reconozco, a los hijos de los refugiados españoles. Puede parecer un poco simplista decirlo, pero tengo la impresión de reconocerlos. Como dije un día: «lo hemos mamado» y ya está.

Entrevista grabada el 24 de febrero de 2020. Martín Arnal Mur falleció el 21 de octubre de 2021

Acerca de este documento

Traducción automática revisada y corregida por Alet Valéro.

Opciones de traducción:

Formales :

- puntuación, división en párrafos, supuestos elementos conversacionales, fechas;
- aclaraciones mínimas (fechas), históricas (*débacle*, *Pétain*);
- diferencia entre francés y castellano (*Floréal*-Floreal, *Martin*-Martín, *Hernandez*-Mir, *Albi*-Luchón, *GTE*-CNT). Alemán: (*Auschwitz*).